

NORMAN DAVIES

**EUROPA
EN GUERRA**

1939-1945

A black and white photograph of a stone wall, likely a bunker or trench. On top of the wall, there is a dark, rounded mortar shell on the left and a military helmet on the right. In the background, a town with several spires is visible, suggesting a European setting. The overall tone is somber and historical.

¿Quién ganó realmente
la segunda guerra mundial?

NORMAN DAVIES

EUROPA EN GUERRA 1939-1945

¿Quién ganó realmente la segunda guerra mundial?

Traducción de Amado Diéguez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Europe at War 1939-1945*

© Norman Davies, 2006
© de la traducción, Amado Diéguez, 2008
© Editorial Planeta, S. A., 2008, 2015
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en esta presentación: abril de 2015

Depósito legal: B. 6.632-2015

ISBN: 978-84-08-14014-6

ISBN: 978-0-333-69285-1, Macmillan, Londres, edición original

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Black Print

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

<i>Índice de tablas</i>	7
<i>Índice de ilustraciones</i>	9
<i>Mapas</i>	12
<i>Introducción</i>	19
1. INTERPRETACIÓN. Cinco factores	31
2. GUERRA. Las acciones militares en Europa, 1939-1945	113
3. POLÍTICA. Antes, durante y después de la guerra	187
4. SOLDADOS. Del reclutamiento a la tumba	279
5. CIVILES. Vida y muerte en tiempos de guerra	375
6. RETRATOS. La segunda guerra mundial en el cine, la literatura y la historiografía	555
7. INCONCLUSIONES	619
<i>Notas</i>	637
<i>Lecturas recomendadas</i>	663
<i>Índice onomástico y temático</i>	667

CAPÍTULO UNO

Interpretación

Cinco factores

Todas las naciones que participaron en la segunda guerra mundial tienen su propia versión de los acontecimientos. Británicos y estadounidenses, alemanes e italianos, franceses y holandeses, rusos y polacos, judíos y muchos otros hacen hincapié en las vivencias de los suyos. Más o menos deliberadamente, todos reducen la diversidad de lo que ocurrió y evitan un paisaje más amplio, ponen trabas a un panorama más general. Pero esto, teniendo en cuenta la naturaleza humana, resulta inevitable. Pese a todo, es cierto que el todo es más importante que las partes, así que cada intento de examinar una parte en particular debería verse acompañado, o quizás ir precedido, de la definición de un marco más amplio en el que situarse. Es ese marco el que este ensayo pretende perfilar.

Es igualmente inevitable que un conjunto de conflictos tan trabado como el que se subsume bajo la denominación «segunda guerra mundial» diera pie a una gran cantidad de mitos y leyendas. Esos mitos forman una hebra necesaria de la historia, y la tarea del historiador no consiste en desecharlos. Por el contrario, el historiador tiene el deber de examinarlos, de explicar sus orígenes y de mostrar la diferencia entre los hechos y la percepción de los hechos. Por ejemplo, cualquier observador imparcial está obligado a describir la campaña que terminó en las playas de Dunkerque en junio de 1940 como una victoria alemana sin paliativos y un revés catastrófico para la causa aliada. Pero, al mismo tiempo, ese historiador tiene que dar fe de cómo nació «El espíritu de Dunkerque», de cómo de la derrota surgió el instinto de supervivencia y de qué forma la cri-

sis se convirtió en una oportunidad para recuperarse y reconstruirse. El desastre y la reacción al desastre (desde el punto de vista británico), igual que la victoria y el fracaso de no saber explotarla (desde el punto de vista alemán), son aspectos inseparables de la misma historia.

Es inevitable que los historiadores tengan interpretaciones distintas, o, al menos, hagan énfasis en aspectos diferentes. Ninguna crónica va a conseguir una aprobación universal, por homogénea que sea, pero pueden tomarse las precauciones necesarias para no incurrir en las formas más gruesas de imprecisión. Lo semejante hay que compararlo, es preciso guardar la proporción, y los criterios que se aplican a un bando hay que aplicarlos al otro con el mismo rigor. Por ejemplo, la batalla de El Alamein y la batalla de Stalingrado fueron victorias aliadas que contribuyeron a «cambiar las tornas» en los oscuros días de 1942 y 1943, pero no es posible equipararlas. Una de ellas acabó con seis divisiones del Eje en un teatro de operaciones periférico; la otra se saldó con la destrucción de veinte divisiones en el sector más importante del frente principal. Por la misma razón, los juicios morales no pueden basarse en la ilusión de que el asesinato en masa realizado por el enemigo era la prueba de una maldad despreciable y el asesinato en masa en el bando propio no fue más que una desgraciada anomalía.

Tal vez deba explicar mi propio punto de partida. Soy británico, nací en 1939, soy historiador profesional y la mayor parte de mi trayectoria he sido especialista en Europa oriental, particularmente en la historia de Polonia y de Rusia. A partir de esto se puede deducir fácilmente que crecí en Gran Bretaña en tiempos de guerra y que fui educado en un momento en que la sombra de la guerra lo abarcaba casi todo. Sería acertado decir, creo, que para todos los que formamos parte de mi generación, aunque demasiado jóvenes para participar directamente, la segunda guerra mundial fue el mayor acontecimiento de nuestras vidas —de igual modo que la «Gran Guerra» de 1914-1918 había sido el mayor acontecimiento de la vida de nuestros padres—. Mi primer viaje con el colegio lo hice en la Pascua de 1955 y me llevó a Viena: me hicieron una fotografía

junto a un centinela soviético con gorro de piel —sólo ahora me doy cuenta de que la guerra de Europa había terminado hacía menos de una década—. Veíamos películas como *Misión de valientes* y *The Cruel Sea* [El mar cruel] o *Pasaporte para Pimlico* y *La señora Miniver*. Así que era imposible no interesarse por los años de la guerra. Desde entonces no he dejado de recopilar información sobre la guerra en libros, películas y documentos, al tiempo que advertía que mis recuerdos y la sensación de verme afectado personalmente por la guerra se iban desvaneciendo paulatinamente.

Por otro lado, como historiador he observado que los aspectos más familiares de la guerra en Europa occidental se iban poco a poco viendo relegados ante una marea de información cada vez más arrolladora sobre los horrores del frente oriental. Cuando yo estudiaba en Oxford, hacía poco tiempo que Alan Bullock había publicado *Hitler: estudio de una tiranía*, y mi tutor, A. J. P. Taylor, seguía enfrascado en la redacción de *Los orígenes de la segunda guerra mundial*.¹ En la Facultad de Historia no había ninguna asignatura sobre el período 1939-1945; se consideraba que era demasiado reciente para estudiarlo de una forma seria. Y del Holocausto apenas se oía hablar. En la década de 1960 se filtró la noticia de los «veinte millones de muertos soviéticos en la guerra» y también nos percatamos, en gran parte inspirados por Krushchev y Solzhenitsyn, de que el Gulag soviético había sido un crimen en masa de una escala previamente inimaginable. En la década de 1970 alguien conocía un solo personaje del Holocausto y empezaba a preguntarse cómo encajaba en el contexto más amplio. En la década de 1980, historiadores como Bullock se atrevieron a examinar a personajes como Hitler y Stalin en paralelo. En la década de 1990, el derrumbe de la Unión Soviética acabó por silenciar a quienes negaban el Gulag y demostró que Robert Conquest y otros críticos de la Unión Soviética habían estado mucho más cerca de la verdad que lo que muchos se habían atrevido a admitir. Dice mucho acerca de las inhibiciones que tanto perduraron que los brillantes libros de Antony Beevor *Stalingrado* (1999) y *Berlín: la caída, 1945* (2002),² que finalmente revelaron la barbarie del frente oriental a los lectores occidentales, tuvieran previamente pocos homólogos o rivales.

Mi propia indagación en la historia de la guerra en Polonia me

permitió constatar que existía una parcialidad inherente. Era fácil averiguar que la Unión Soviética había invadido y ocupado una mitad de Polonia en septiembre de 1939, al tiempo que Alemania había invadido y ocupado la otra mitad. Pero los historiadores occidentales continuaban escribiendo exclusivamente sobre «la invasión nazi de Polonia». Sencillamente, a la zona de ocupación soviética no se la consideraba zona de ocupación. La propaganda nazi en tales materias se desechaba por exagerada; la propaganda soviética se aceptaba sin críticas. Uno averiguaba que, además de las atrocidades perpetradas por los alemanes, los ocupantes soviéticos habían llevado a cabo deportaciones y asesinatos en masa. Sin embargo, y cada vez más, la conciencia de los occidentales se ceñía únicamente al Holocausto. Uno leía sobre los millares de pueblos arrasados y la matanza de sus habitantes, pero los historiadores occidentales sólo hablaban de Lidice, en Bohemia (véanse las páginas 412-413). Uno estudiaba operaciones militares colosales como Barbarroja o Bagra-tion, y tragedias colosales como el sitio de Leningrado y el Levantamiento de Varsovia, y se daba cuenta de que estos acontecimientos siempre quedaban relegados a un compartimiento emocional distinto. De alguna forma, no formaban parte de «nuestra guerra».

Por encima de todo lo demás estaban las masacres de Katyn, que en modo alguno eran la mayor atrocidad, pero sí la prueba decisiva de la honradez del historiador. Cuando me inicié en la refriega, en la década de 1970, las evidencias circunstanciales eran abrumadoras. En torno a veinticinco mil oficiales aliados desaparecieron en Rusia en 1940, pero aparte de los cuatro mil quinientos cadáveres que los alemanes descubrieron en 1943 cerca de Smolensko, en los bosques de Katyn, la mayoría de los demás nunca fueron encontrados. No había pruebas definitivas, pero existían enormes probabilidades de que los otros quince o veinte mil yacieran en otras fosas comunes y de que había sido Stalin y no Hitler quien había ordenado su muerte. Parecía posible que, por una vez, Goebbels hubiera dicho la verdad.³ Sin embargo, si no era para señalar a los nazis con el dedo, el Ejército británico se negó a hacer ningún comentario durante décadas. A los oficiales británicos se les prohibió participar en las ceremonias conmemorativas. Los planes de erigir un monumento en Londres se descartaron y la opinión pública bri-

tánica no dio la menor muestra de interés por reconocer ni un crimen de guerra muy grave ni su vergonzoso encubrimiento. La postura generalizada parecía ser: ¿qué tiene que ver con nosotros el frente oriental? Finalmente, en la década de 1990, en vísperas del quincuagésimo aniversario de la masacre, el presidente Gorbachov confesó que las matanzas de Katyn y de otros dos lugares habían sido obra de las fuerzas de seguridad soviéticas. Más tarde, el presidente Yeltsin dio a conocer un documento firmado por Stalin que confirmaba que la orden de ejecución se había dado el 5 de marzo de 1940. Un portavoz del Ministerio de Exteriores británico alabó la franqueza de los rusos, pero la Ley de Crímenes de Guerra británica (1991) fue elaborada muy cuidadosamente para excluir de su ámbito acontecimientos como Katyn, y el Ministerio de Exteriores, con una falta absoluta de valor, no hizo pública una selección de sus documentos sobre el tema hasta 2002.⁴

Recuerdo que a finales de 1984, o ya en 1985, a mi esposa y a mí nos invitaron a casa de A. J. P. Taylor, donde Katyn se convirtió en tema de conversación. La esposa de Taylor, nacida en Hungría y ex comunista, defendió con vehemencia que la Unión Soviética era incapaz de una cosa así. Mi mujer y yo nos mantuvimos en nuestros trece, afirmando que la balanza de la probabilidad caía del lado de Stalin. A. J. P. tuvo que ejercer de mediador. Que los soviéticos fueran culpables no era inconcebible, dijo, pero en ausencia de pruebas, los historiadores tenían que mantener cierta apertura de miras y evitar las insinuaciones antisoviéticas. Ése fue su argumento en pocas palabras. A. J. P. Taylor no era imparcial. Era un agitador de izquierdas ferozmente independiente y sin ningún apego especial por la Unión Soviética, pero en ese tema, ni siquiera él podía ser imparcial. Podemos estar seguros de que nadie habría apelado a la contención en el caso de que la responsabilidad de la masacre cayera más probablemente del lado de Hitler y de Himmler. Todo el mundo sabía que los nazis eran malos, capaces de cualquier cosa. Eran nuestros enemigos y de ellos sí se podían hacer insinuaciones con toda libertad. De ellos sí, pero no de una de las potencias aliadas victoriosas. Tal es mi experiencia de ese prejuicio tan arraigado no sólo entre la mayor parte de los historiadores, sino entre la mayoría de la opinión pública británica y estadounidense.

Convencido de la existencia de ese prejuicio, empecé a considerar con mayor cuidado los enfoques particulares de los libros occidentales sobre la segunda guerra mundial. Es posible encontrar excepciones, pero, en general, la opinión de los occidentales está centrada en ellos mismos e idénticos juicios muy estrechos de miras se repiten una y otra vez. Cuando hacen algún comentario sobre el frente oriental, los historiadores siguen el ejemplo del difunto John Erickson: repiten las interpretaciones de los soviéticos sin comentarios o, como mucho, la crítica se circunscribe a los detalles. Con el tiempo llegué a creer que se había consolidado un «Programa de Historia Aliado»:

Los puntos de vista de la Europa contemporánea habían sido fuertemente influidos por las emociones y experiencias de las dos guerras mundiales y especialmente por la victoria de la «Gran Alianza» [de 1941-1945]. Gracias a sus victorias en 1918 y 1945 y al final de la guerra fría en 1989, las potencias occidentales habían exportado su interpretación de lo sucedido al mundo entero [...] Las prioridades y asunciones que se derivan de las actitudes aliadas en tiempo de guerra son muy comunes y abarcan todo el siglo XX y, algunas veces, se proyectan a períodos anteriores. Podemos intentar resumirlas del siguiente modo:

- La creencia en una rama única y secular de la civilización occidental en la que la «Comunidad atlántica» se presenta como la cumbre del progreso humano.
- La ideología del «antifascismo», que induce a percibir la segunda guerra mundial [...] como el acontecimiento que define el triunfo del Bien sobre el Mal.
- Una fascinación demonológica con Alemania, el enemigo dos veces derrotado, la primera causa [de los males de Europa] [...] (*Nota bene*, nunca hay que confundir la cultura alemana con la política alemana.)
- Una visión edulcorada e indulgente del imperio zarista y de la Unión Soviética, el aliado estratégico en el este, conocidos normalmente como «Rusia». Las manifiestas fallas de Rusia nunca podrán equipararse a las del enemigo [...].

- La aceptación tácita de una Europa dividida en dos esferas: la occidental y la oriental [...]
- El estudiado desprecio por todos los hechos que no abundan en lo dicho más arriba.⁵

Dentro de la misma línea de pensamiento, empecé asimismo a categorizar las múltiples lagunas que alentaba el Programa de Historia Aliado y que pude observar en muchas obras sobre la segunda guerra mundial. En determinado momento, di con un artículo titulado «Diez formas de selectividad» que identificaba las siguientes fuentes del malentendido:

1. propaganda política,
2. prejuicios personales,
3. puntos de vista parciales,
4. estereotipos,
5. estadísticas,
6. grupos de interés especiales,
7. los procedimientos de los historiadores profesionales,
8. la Historia de los vencedores,
9. la Historia de los vencidos,
10. selectividad moral.

Sobre el último punto he demostrado de qué forma las crónicas sobre la guerra han caído con frecuencia en el esquema excesivamente simplificado del «Bien» en lucha contra «el Mal».⁶

Todo eso estuvo muy bien; el artículo fue muy elogiado. Pero yo me sentía incómodo. No sólo iba a contracorriente de la gran mayoría de mis colegas de profesión, sino que no tenía ninguna alternativa coherente que ofrecer. Es muy fácil encontrar los fallos de las versiones imperantes sin arriesgar una visión clara de la propia. Criticar no es difícil, ni deconstruir las interpretaciones de otros. Mucho más ardua es la tarea de ser positivo y exponer un esbozo fresco y razonado de los parámetros de un tema. Pero es un ejercicio que hay que intentar. Desde mi punto de vista, a la hora de examinar la segunda guerra mundial hay que considerar cinco factores: los geográficos, los militares, los ideológicos, los políticos y los morales.

Límites geográficos

En cuanto la Unión Soviética formalizó una tregua estable con los japoneses (el 15 de septiembre de 1939), en la segunda guerra mundial dejó de haber vínculos entre los teatros de operaciones de Europa y del Pacífico. Es este hecho el que permite a los historiadores tratar la guerra de Europa como una cadena de conflictos separada de lo que ocurrió en Asia. El conflicto soviético-japonés —intenso durante la batalla de Jaljin-Gol (véase la página 209)— no se reinició hasta el verano de 1945, cuando la guerra de Europa ya había terminado. La tregua de 1939 se consolidó posteriormente con el Pacto de Neutralidad Soviético-Japonés del 13 de abril de 1941.⁷

Con la única excepción del norte de África, los combates en el teatro europeo no se extendieron más allá de los confines geográficos de Europa. Pero el Reino Unido —en Palestina y Egipto—, Francia —en Siria, Líbano y Argelia— e Italia —en Tripolitana— tuvieron posesiones territoriales en el levante mediterráneo o en la costa norte de África, y el conflicto entre los aliados occidentales y el Eje acabó extendiéndose a todas las regiones desde Marruecos hasta el Nilo.

A partir de 1941, tanto Estados Unidos como, en menor medida, el Reino Unido y sus colonias se embarcaron en una guerra simultánea en Europa y el Lejano Oriente. Evidentemente, el hecho de intervenir en dos escenarios tan distintos influyó en la planificación logística y estratégica, pero ambos teatros de operaciones nunca se integraron estrechamente. Si millones de estadounidenses, canadienses, australianos, indios y sudafricanos prestaron servicio en Europa, ningún ejército europeo —con una posible y pequeña excepción— puso pie con intenciones hostiles en Estados Unidos. Las tropas soviéticas no lucharon fuera de Europa durante el transcurso de la guerra europea.

Las fronteras del teatro europeo las marcaron Gibraltar, Groenlandia, Narvik, Leningrado, Stalingrado, el monte Elbrus, Bulgaria, El Cairo y Casablanca. Ahora bien, no hubo combates en todas las regiones incluidas en ese cerco. La configuración básica de la guerra de Europa consistió, por un lado, en un núcleo interior dominado

por las potencias del Eje y, por otro lado, en la periferia, que estaba en manos de los enemigos del Eje. En la primera fase del conflicto, el núcleo interior se expandió rápidamente para incluir a varios países vecinos: Polonia al este, Dinamarca y Noruega al norte, el Benelux y Francia al oeste. Los territorios al este de Polonia los controlaba una Unión Soviética que mantenía buenas relaciones con el Eje. Las potencias occidentales fueron expulsadas del continente, lo cual las dejó en enorme desventaja. A partir de entonces, aunque las fuerzas soviéticas controlaban un frente contiguo al territorio ocupado por los alemanes, los ejércitos occidentales sólo pudieron entrar en combate con las fuerzas del Eje a costa de complicados, gravosos y arriesgados desembarcos anfibios —como sucedió en el norte de África, en Sicilia y en Normandía—. Éste fue, quizás, el motivo principal de que el tan anunciado «segundo frente» se materializase tan lentamente.

Con frecuencia se afirma, sin pararse a reflexionar, que «en la guerra se sumió Europa entera», lo cual es, claramente, una exageración. Los países neutrales no intervinieron directamente en ningún momento (véase la página 378). Algunos países, como el Reino Unido o España, que envió tropas a luchar en el extranjero, no padecieron ninguna ocupación. El Reino Unido, que soportó graves bombardeos durante un período relativamente corto en 1940 y 1941, reaccionó con el bombardeo de Alemania durante un período mucho más prolongado: 1941-1945; y escapó a las represalias de las V-1 y V-2, que sufrió sólo esporádicamente en 1944 y 1945. Bulgaria, Rumania y Hungría, que se unieron a las potencias del Eje, intervinieron de formas diversas en las primeras etapas de la guerra y no se unieron a la lista de países ocupados hasta la fase final. Incluso en los países que sufrieron gravemente la lucha y la ocupación quedaron grandes extensiones de territorio virtualmente sin tocar. En Francia, por ejemplo, la «zona libre» meridional permaneció indemne casi por completo durante tres de los seis años de la guerra. Las provincias orientales del Reich, adonde no alcanzaban los bombardeos aliados, vivieron más tiempo todavía con una relativa tranquilidad. Lo más sorprendente, hasta que uno se para a pensar en ello, es que más del 90 por ciento de la Unión Soviética —el Estado que, con mucho, sufrió los combates más intensos y

prolongados de todos los que padecieron la contienda— quedó prácticamente intacto durante toda la guerra, lo cual concedió a los soviéticos una inmensa base para gestionar sus recursos, organizar la resistencia y preparar sus fuerzas armadas.

En realidad, por lo tanto, las principales zonas de guerra entre 1939 y 1945 se limitaron a un número relativamente pequeño de países o regiones. Los siguientes:

- Albania, 1939-1945
- Polonia, 1939-1945
- Noruega y Dinamarca, 1940-1945
- Benelux, 1940-1945
- Norte de Francia, 1940-1944
- Estados bálticos, Bielorrusia y Ucrania, 1940/1941-1944
- Yugoslavia, 1941-1945
- Grecia, 1941-1945
- Italia, 1943-1945

Alemania y Austria se expusieron a la creciente ofensiva de bombardeos aéreos aliada desde 1942 en adelante, pero los aliados no alcanzaron sus fronteras hasta octubre de 1944 o más tarde. Asimismo, otros lugares sufrieron los aspectos más severos de la guerra durante períodos relativamente breves:

- Finlandia, 1939-1940, 1941-1942
- El sur de Inglaterra, 1940-1941
- Leningrado, 1941-1943
- Rusia occidental, 1941-1942
- Rusia meridional, 1941-1943
- Rumania, Bulgaria, Hungría, 1944-1945

Por lo tanto, la precisión es vital a la hora de discutir la geografía de la guerra de Europa. Es importante distinguir entre las fronteras de preguerra y las de posguerra y es asimismo esencial permanecer alerta ante síntesis o simplificaciones que pueden inducir a error. Durante la guerra fue muy normal emplear el término «Inglaterra» en lugar del mucho más torpe y pesado «Reino Unido de

Gran Bretaña e Irlanda del Norte». Sin embargo, la mayoría de los historiadores comprenderían la compleja realidad que subyacía bajo una etiqueta tan sucintamente conveniente. De igual modo, fue habitual decir «Rusia» o «los rusos» en lugar de «Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas». En este último caso, sin embargo, es preciso observar que el término más breve no sólo es impreciso, sino que enmascara algunas de las cuestiones más importantes que estaban en juego en el mayor teatro de operaciones de la guerra. Y es que los rusos apenas representaban la mitad de la población de la Unión Soviética, y fueron las repúblicas soviéticas más occidentales, y no Rusia, las que sirvieron de escenario a los combates más encarnizados y las que sufrieron lo peor de la ocupación alemana. Hoy en día, ahora que Estonia, Letonia, Lituania, Bielorrusia y Ucrania se han convertido en países soberanos, basta con echar un vistazo al mapa para ver dónde están las fronteras de Rusia, pero durante cincuenta años la mayoría de los historiadores occidentales escribían con tranquila ignorancia de estos países, o daban por supuesto —muy erróneamente— que la geografía política, étnica y nacional del frente oriental carecía de importancia.

En el mar, la guerra cubrió distancias enormes. Aunque no tuvo las mismas dimensiones que las operaciones del Pacífico, en la batalla del Atlántico (1939-1945) intervinieron millones de barcos de todo tipo y tamaño, desde portaaviones y submarinos a mercantes de poco tonelaje. Sus puntos más extremos fueron Groenlandia y Murmansk, Montevideo y Ciudad de El Cabo. La batalla del Mediterráneo (1939-1943) se libró sobre la línea de comunicaciones que unía Gran Bretaña con el canal de Suez y, vía Suez, con la India. Y gracias a que Turquía, que era neutral, controlaba los estrechos, no se extendió al mar Negro.

La guerra en el aire fue más reducida. En la década de 1940, los aviones tenían un radio de acción mucho más limitado y no podían llegar allí donde los barcos sí podían. Las flotas de bombarderos con base en Gran Bretaña tenían un radio de acción de unos 1.600 kilómetros, y las que desde 1943 tenían sus bases en el sur de Italia casi no llegaban a Varsovia. Los cazas que escoltaban a los bombarderos tenían un radio de acción mucho más limitado. Todos los vuelos de transporte a gran distancia tenían que hacerse con es-

calas. Los aviones que volaban desde Estados Unidos a Gran Bretaña tenían que detenerse a repostar en Gander Bay (Terranova), Reykjavik (Islandia) y, a menudo, en Belfast o, más tarde, en las Bermudas y en las Azores. Para volar a Moscú desde Londres, era necesario hacer escala en Gibraltar, El Cairo, Teherán y Kuíbishev (actual Samara).

Finalmente, en lo que respecta a la geografía uno se pregunta si puede decirse que la guerra de Europa tuvo un «centro de gravedad», es decir, si se puede precisar dónde, en qué lugar, reside el peso relativo de las acciones militares que se produjeron al norte, al este, al oeste y al sur. Es imposible hacer cálculos precisos, pero teniendo en cuenta el peso abrumador del frente oriental, el tirón gravitacional en esa dirección pudo verse equilibrado sólo en parte por la influencia de la acción en otros frentes. El punto focal no sería Europa central —que queda a medio camino entre el este y el oeste—, sino algún lugar situado más bien al este o al sureste. La respuesta, por lo tanto, estaría casi con toda seguridad en Bielorrusia y Ucrania Occidental. A estos países se los priva de todo sentido de identidad individual en las historias convencionales de Europa y, sin embargo, fue en ellos donde se libraron los mayores combates y donde se perpetraron los peores horrores contra la población civil: las deportaciones, las ocupaciones soviética y alemana, el azote del *Lebensraum* y del Holocausto. Padecieron el grueso de los combates desde el principio, septiembre de 1939 (cuando para el mundo eran «Polonia oriental»), hasta la fase final, en 1944 y 1945, cuando proporcionaron al Ejército Rojo el lugar de su reentrada en Europa central. En ellos, además, se libraron las dos mayores campañas de la guerra —Barbarroja y Bagration—. No es ninguna casualidad que, proporcionalmente, Bielorrusia perdiera más población civil que ningún otro país de Europa y que Ucrania perdiera el mayor número de habitantes en términos absolutos. La historia de estos dos países merece mejor publicidad.